

### Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

## 25 años manando en nosotros: el jubileo de un corazón

### *Introducción a los temas del curso 2024-2025*

Nos acercamos al jubileo de la Encarnación del año 2025. Los jubileos son tradición en la Iglesia desde 1300, cuando el Papa Bonifacio VIII convocó el primero.

El jubileo, en la Biblia, es un año en que se perdonan las deudas y se devuelve a cada uno la herencia recibida de los padres. Jubileo significa, por tanto, una vuelta al origen, cuando el Dios de Israel donó a cada uno tierra y casa. Por eso todo jubileo conlleva retornar al manantial originario que propulsa la vida.

¿A qué manantial originario volvemos en el jubileo de 2025? Lo que sucedió hace 2025 años fue el nacimiento de Cristo. ¿Y qué es lo esencial de la persona y obra de Jesús? ¿qué camino nos ha abierto para que el hombre cumpla su vocación?

Podemos resumir así lo sucedido: hace 2025 años comenzó a latir un corazón, el corazón del Hijo de Dios encarnado. Latió de tal modo que quienes lo encontraban comprendían de modo nuevo al hombre y a Dios. Comprendían al hombre y a Dios, no simplemente desde la inteligencia que ilumina las cosas ni desde la voluntad que las ordena, sino desde el corazón. ¿Y qué es el corazón?

Responderemos a esta pregunta a lo largo de este año. Pero podemos anticipar ya una primera respuesta. Quienes encontraban a Jesús encontraban a alguien cuya vida se entendía plenamente desde el amor: el amor del Padre que le envió y el amor a los hombres que el Padre le había confiado para entregarse por ellos y dirigirles de nuevo a Él.

Se inauguró entonces, con Jesús, una visión del hombre en la que el centro no era la inteligencia o el querer autónomos, sino la capacidad de vivir en el amor recibido y entregado. Y se inauguró también, con Jesús, una visión nueva de Dios, el cual tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único, de modo que puede decirse: Dios es amor (*1Jn 4,8*).

Este centro de la persona, constituido por el amor, lo identificó Jesús con su corazón, un corazón manso y humilde (*Mt 11,29*): humilde por su apertura al Padre, manso por su cercanía a los hombres.



Además, esta mirada al hombre desde el corazón permite apreciar mejor el significado de nuestro cuerpo, nuestros afectos, nuestros sentidos... Pues con el corazón ama toda la persona, alma y cuerpo. Desde el corazón, el cuerpo aparece dotado de un lenguaje en que aprendemos a recibirnos de Dios y a donarnos a Él y a los hermanos.

Entendemos así qué se celebra en este Jubileo. Un corazón comenzó a latir para que el hombre pudiera recuperar su vocación más honda, que viene del amor y florece en el amor. Ese corazón se abrió a nosotros a lo largo de toda la vida de Jesús que culminó en su pasión y resurrección.

La lanza que traspasó el costado de Jesús reveló la apertura de este corazón y nos invitó a entrar en él. Pues ese corazón ha seguido latiendo hasta hoy: latiendo por nosotros, en nosotros, desde nosotros. La devoción al corazón de Cristo consiste en plantear toda nuestra vida, nuestras relaciones, nuestras obras, como acogida y respuesta al amor de Cristo, donde se revela el amor del Padre.

Si esto es así, entonces la devoción al corazón de Jesús no supone un pegote añadido a nuestra vida cristiana. El corazón de Jesús nos aporta, más bien, un punto de vista para comprender y vivir desde su centro toda la fe. Quien mira a Cristo desde el corazón lo mira desde lo esencial de su persona y obra: la vocación al amor.

Además, el corazón de Cristo no solo nos revela el centro de Jesús, sino también el modo mejor para hacerlo llegar al hombre de hoy. En efecto, hablar del corazón de Jesús supone:

- *Encontrar a Cristo desde el cuerpo y desde los afectos.* Este es un tema clave en nuestra época, que busca orientarse en el mapa de las emociones.

- *Encontrar a Cristo como capaz de abrir un futuro nuevo.* Pues el corazón es el lugar donde se descubre el sentido de nuestro viaje por la historia, desde un don primero que recibimos hasta el fruto que surge al acoger ese don. También este tema es central hoy, ante la fatiga que experimenta nuestra época, llena de miedos, para proyectar un porvenir que ilusione.

- *Encontrar a Cristo como capaz de generar una cultura de relaciones* donde pueda florecer lo humano. Pues el corazón es ese lugar que reconoce el bien común como un bien personal de cada uno, de modo que no podemos florecer si no florecemos juntos. De nuevo, se trata de un tema decisivo en nuestro tiempo que ha perdido ambientes y prácticas donde cultivar lo humano.

Entendemos el potencial que esto tiene para nuestras familias. Definir al hombre desde el corazón es definirlo desde el amor y, por tanto, es definirlo familiarmente. Encontrar el corazón de Cristo es encontrar a Cristo vivo en todas nuestras relaciones, de modo que Él nos toca como padres y madres, como hijos, como hermanos, como esposos. Por eso muchos hogares siguen teniendo en sus puertas el corazón de Cristo.

Esto se manifestó especialmente en Betania. En Betania se descubre a Cristo desde el amor, pues Él amaba a Marta, María y Lázaro (Jn 11,5). En Betania asistimos al encuentro del corazón de Cristo con el corazón de toda la familia, que se abre para acogerle y seguirle.

Este es el esquema que seguiremos, de mes a mes:



Parte primera: el corazón que ha manado por nosotros

1 - Octubre. ***“Una lanza le traspasó el costado” (Jn 19,34): el corazón abierto de Jesús***

2 - Noviembre. ***“No como yo quiero, sino como tú quieres” (Mc 14,36): el misterio de Jesús es su Padre***

3 - Diciembre. ***“Un corazón noble y generoso, que da fruto” (Lc 8,15): el corazón de la Madre***

Parte segunda: el corazón que sigue manando en nosotros

4 - Enero. ***“Te daré un corazón nuevo” (Ez 36,26): el Resucitado goza y sufre por mí hoy***

5 - Febrero. ***“Mete tu mano en mi costado” (Jn 20,27): la Eucaristía transforma nuestros corazones***

6 - Marzo. ***“El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones” (Rom 5,5): la ley nueva de la caridad***

Parte tercera: el corazón que edifica nuestra vida juntos

7 - Abril. ***Muchos que son “un solo corazón” (Hch 4,32): la consagración***

8 - Mayo. ***“Completo lo que falta en mi carne a los sufrimientos de Cristo” (Col 1,24): la reparación***

9 - Junio. ***“Prender fuego a la tierra” (Lc 12,49): la misión como sobreabundancia del corazón***

## **“UNA LANZA LE TRASPASÓ EL COSTADO”: EL CORAZÓN ABIERTO DE JESÚS**

La Última Cena de Da Vinci muestra el momento en que Jesús anuncia la traición de Judas. Recorremos los rostros de los Apóstoles: indignación, sorpresa, desánimo, odio... También el rostro de Jesús lo ha pintado Leonardo conmovido, al revelar el desamor con que los hombres responden a su amor. Pero, a la vez, es un rostro lleno de luz. Como diciendo: entre la confusión de los Apóstoles, Jesús aporta una luz para los afectos. Es una luz que los ilumina, los encauza y dirige hacia la meta del hombre en Dios.

Vamos a ver cómo la institución de la Eucaristía nos abre el corazón de Jesús y, así, nos deja ver el mapa de su mundo afectivo. Cuando, poco después, un soldado le traspase el costado, el corazón se abrirá, manando sangre y agua (Jn 19,34). El soldado abrió el corazón de Jesús, pero ese corazón había sido ya abierto antes por Jesús mismo, cuando dijo: “tomad y comed mi cuerpo; tomad y bebed mi sangre”.

### **1) *La Eucaristía y el lenguaje del corazón***

Nos aqueja hoy el “analfabetismo afectivo”. Es una incapacidad para leer y escribir en el lenguaje de los afectos. Quien lo sufre carece de palabras que describan bien lo que siente o que le permitan descifrar lo que el otro siente. Es un reto familiar y educativo: ¿cómo expresar el amor? ¿cómo transmitirlo?

Este analfabetismo afectivo es grave porque nos divide de los demás. Pues son los afectos los que nos ponen en contacto con ellos. Sin lenguaje afectivo no hay comunicación que permita compartir la vida y habitar un mundo común. Entonces, el lenguaje verbal pasa a convertirse en mera herramienta para dominar el mundo y servirnos de los otros. Son las cenas de familia en las que el único lenguaje posible es el de los bomberos: “pasa el agua; dame la sal; quiero más postre”.

Pues bien, en su última cena Jesús dio palabra a sus afectos, enseñando al corazón humano un nuevo lenguaje y, con él, un nuevo cauce y destino.

El evangelista Lucas subraya el tono afectivo del momento: “ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer” (Lc 22,15). San Juan indica: “habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo”. Luego, en su discurso de despedida, Jesús formula su hondo deseo de intimidad con nosotros: que cuantos creemos en Él estemos siempre con Él (Jn 17,24).

Pues bien, al instituir el rito eucarístico (“dio gracias, tomó pan, dijo: tomad, comed”), Jesús unió sus afectos (su carne y sangre) a unas palabras que los ordenaban y encauzaban. Tocamos aquí aquello que la Biblia llama corazón (*leb*).

Este término se aplica sobre todo al ser humano, y no a los animales. Pues el corazón indica el mundo emocional, pero en cuanto que es capaz de ser ordenado por una palabra que orienta e impulsa la existencia. Por eso el corazón en la Biblia es el lugar de las grandes decisiones y de la sabiduría que contempla la ruta de nuestra vida por el mundo.

La palabra que, en el corazón, ordena los afectos, es una palabra interpersonal. Es decir, no procede de nuestra razón o decisión aislada, sino de un encuentro con otras personas. Los afectos, de hecho, son fuerzas que nos sacan de nosotros, que nos introducen en un mundo común. Por eso solo pueden ser ordenados desde la palabra de otro, que nos llame y convoque y pida respuesta. Recordamos el verso de Machado: “Prestad atención / un corazón solitario / no es un corazón”. Y también el de otro poeta, Luis Rosales, que dice así a su corazón: “mi soledad termina en tu latido”.

Esto lo resumió san Juan Pablo II al decir que el corazón es *ese órgano capaz de leer los significados de nuestro cuerpo*. Es decir, desde el corazón entendemos que nuestro cuerpo lo hemos recibido de otros y, en primer lugar, de Dios. Que es un cuerpo capaz de amar a otros. Que es un cuerpo que puede transmitir vida con otros... El corazón es puro cuando descubre estos significados y se expresa con ellos.

¿Cómo es el lenguaje nuevo de Jesús? Desde la Eucaristía puede desglosarse en tres rasgos. Primero, la *gratitud* al Padre (“dando gracias te bendijo...”), que desvela su apoyo firme en el Creador, manantial de todos los dones. Después, una palabra de *donación* a los hombres (“tomad, mi cuerpo...”) que desvela su hermandad con nosotros. Finalmente, una palabra generativa (“mi sangre derramada para el perdón...”) que desvela un afecto capaz de transformar el corazón del hombre para dirigirlo a Dios. Estos tres rasgos con tres aspectos decisivos para la familia y la educación. Veámoslos por orden.

## **2) Afecto manantial**

Jesús, en la Eucaristía, da gracias al Padre. Tenemos aquí la primera palabra del corazón, que coincide con la primera palabra del lenguaje del cuerpo. Pues nuestro cuerpo nos revela que no nos hemos dado la vida a nosotros mismos, sino que hemos sido generados desde el amor. El corazón lee el lenguaje del cuerpo y reconoce el don que nos precede.

La psicología da hoy gran valor al “afecto de apego”. Es el afecto originario del niño, que se forja en la relación con sus padres. Gracias a este afecto el niño afronta la vida desde la seguridad de que un amor primero le sostiene y estará siempre disponible.

Se da apego *seguro* cuando el niño encuentra un apoyo que responde a sus verdaderas necesidades. El apego *inseguro* (ansioso-ambivalente) es provocado cuando la figura paterna o materna no responden bien a las necesidades del niño, por confundirlas con sus deseos inmediatos. El apego *evitativo*, que rehúye los vínculos, se origina cuando falta la figura de apoyo. Finalmente el apego *desorganizado*, menos frecuente, está asociado a experiencias traumáticas o abusivas, muestra dificultades para establecer límites y sigue una lógica contradictoria.

Esta exploración psicológica corresponde a una verdad honda de la persona humana, que necesita ser acogida por otros y afirmada por sí misma. No le basta al hombre nacer, sino que ha de que ser acogido en un regazo y recibir un nombre que le preste identidad.



El pecado original provocó una herida de esta confianza básica. La serpiente invitó a sospechar de Dios. La herencia del pecado es un apego inseguro con respecto al sustrato último de la vida, es decir, al Creador. Y esto entenebrece el corazón, como enseña san Pablo: “habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias; [...] de tal modo que *su corazón* insensato quedó envuelto en tinieblas” (Rom 1,21).

Pues bien, en la Última Cena Jesús abre su corazón para reconocer el don fundante del Padre. Jesús da gracias incluso ante el abandono y la muerte, que parecen desmentir la fecundidad de los dones de Dios. En situación de total pobreza, el Hijo agradece al Padre la vida que le dará cuando le resucite y le permita comunicarnos vida a nosotros.

Mayor gratitud nunca se ha visto e indica la medida del corazón de Jesús, que revela los dones del Padre. Este es el fundamento de todo apego seguro, pues el Padre nunca falla. Y el Padre es capaz incluso de sanar cualquier desilusión y abandono de los hombres, afianzando de nuevo al hombre en su amor inquebrantable. Por eso al corazón de Jesús se le invoca: “¡en ti confío!” Pongamos el corazón de Jesús en el centro de nuestra familia, para que nos enseñe a transmitir el amor originario del Padre.

### **3) *Afecto de alianza***

Segunda palabra de Jesús sobre sus afectos: “tomad, mi cuerpo por vosotros”. Es propio de los afectos implicarnos en el mundo que nos rodea. Todo afecto reacciona ante algo que nos toca en la intimidad para habitar en nosotros. El afecto requiere que abramos nuestro interior a la otra persona, que nos vinculemos a ella y nos arriesguemos a que nos duela.

La lectura del discurso de Jesús en la Última Cena nos revela su implicación con los discípulos, a los que llama “los que el Padre me ha dado” (cf. Jn 17,6). Esta implicación afectiva de Jesús con los suyos se descubre en varios momentos clave del discurso de la Última Cena. Primero, el lavatorio de los pies (Jn 13): “si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Luego, Jesús habla del lugar que Él va a preparar a los discípulos en la casa de su Padre para que habiten con Él (Jn 14, 1-2), pues les va a hacer miembros de su cuerpo resucitado. Además, tenemos la vid y los sarmientos (Jn 15), donde los discípulos se insertan en Jesús.

La psicología de hoy describe este afecto de pertenencia como otro afecto fundante de la vida. El hombre puede florecer sólo si se vincula a otros: en su familia, en sus amistades, en su ciudad o patria. Necesita, como el árbol, un terreno fecundo donde plantarse y dar fruto.

Al decir “esto es mi cuerpo por vosotros” se vinculó definitivamente a los discípulos y a todos los hombres. Él no superó la muerte, como había hecho Sócrates, desligándose poco a poco de la vida. Él superó la muerte implicándose totalmente en nuestra vida, hasta entregarla por nosotros para salvarnos. Fue la fecundidad de esta entrega, que venía del Padre y llegaba hasta el Padre, la que venció a la muerte. El Padre, amante de la vida, le resucitó, porque Jesús se había implicado plenamente en nuestra vida.

Hemos dicho antes que el afecto de apego queda herido por la desconfianza. Ahora, con el afecto de pertenencia, tenemos una tentación distinta. Es la de un

corazón aislado, indiferente ante el mundo que le rodea, incapaz de reconocer y honrar los vínculos. Se sigue esa falsa etimología que uniría corazón y coraza. Pero la palabra “coraza” no viene de “corazón”, sino de “cuero”. La Biblia describe este corazón como un *corazón* de piedra o como “corazón de bestia” (Dn 4,13).

Al contrario, Jesús revela su corazón capaz de implicarse en el mundo y de implicar a los discípulos en su vida, para salvarlos. El corazón aparece en Jesús como ese lugar donde la vida del hermano, sus alegrías y tristezas, temores y esperanzas, tienen la misma realidad que nuestras propias alegrías y tristezas, temores y esperanzas. Por eso pudo decir Jesús a santa Margarita María: “ocúpate de mí y de mis cosas, yo me ocuparé de ti y de las tuyas”. Él mira a nuestra familia como algo suyo, lucha por ella como por su propia vida.

Eso sí, Jesús comparte estos afectos nuestros, no para quedarse en ellos, sino para transformarlos. Veamos esta capacidad del corazón para generar realidad nueva.

#### 4) *Afecto generativo*

Se trata de las palabras pronunciadas sobre el cáliz: la sangre de la alianza que se derrama para el perdón de los pecados. La sangre alude a la vida recibida de Dios, y particularmente a la capacidad de transmitir esa vida a los hijos. En el trasfondo de la entrega de Jesús está el sacrificio de Abrahán. Abrahán, al ofrecer a su hijo, reconocía que toda paternidad viene de Dios, y se hacía así capaz de ser padre. Lo mismo Jesús, al ofrecerse a sí mismo. Con su entrega, Dios le hizo, como a Adán, padre de una nueva familia.

Percibimos entonces una tercera dimensión afectiva del corazón, que también describe la psicología de hoy. Si el afecto de *apego* se apoya en las personas que nos dan vida y amor, y si el afecto de *pertenencia* madura en las alianzas fieles, nuestro afecto se forja además en el *trabajo* al que nos entregamos. El corazón lo ponemos también en las manos. El afecto no es solo un estado emocional, sino una fuerza que nos mueve a la acción, para generar realidad nueva. También aquí hay una tentación: la del corazón encogido, incapaz de dilatarse para abrir espacio y dar vida. Es el corazón que no comprende que lo contrario de la vida no es la muerte, sino el miedo.

Las palabras de Jesús sobre el cáliz revelan este afecto generativo, pues entrega su sangre para el perdón de los pecados y para la alianza nueva. Siempre que, en los Evangelios, Jesús reacciona con amor, enfado, compasión, ira... es para ponerse a la obra: curando, desvelando el pecado, perdonándolo... El corazón de Cristo es un corazón redentor, capaz de orientarse plenamente hacia el Padre y, al hacerlo, de abrir un camino los creyentes en Él.

Dice el libro de los Proverbios: “el corazón del rey está en las manos del Señor como una acequia; Él la lleva y la dirige donde quiere” (Prov 21,1). Dios conduce esta acequia del corazón por toda la huerta, para irrigar de vida a los súbditos del rey. Si el corazón es lugar donde se reciben los dones de Dios, ahora aparece también como lugar que se abre para hacer fecundos a los que Dios nos da. Pongamos el corazón de Jesús en nuestra familia, para que Él nos haga fuente de amor.



## 5) **Conclusión**

Al darnos su cuerpo y su sangre, junto a las palabras que indican su entrega por nosotros, Jesús nos da su corazón. Pues, el corazón, como hemos dicho, es el lugar donde nuestros afectos (la carne y la sangre) se unen a esa palabra que sitúa la vida y la orienta hacia el don de uno mismo.

“Tomad mi cuerpo, tomad mi sangre”, quiere decir: “tomad mi corazón”. Por eso, al rasgar su pecho el soldado solo estaba haciendo visible lo que había ocurrido en la Eucaristía y se había realizado a lo largo de la pasión: “he aquí este corazón que tanto os ama”.

Según lo que hemos dicho, acceder a Jesús desde el corazón implica que no puedo contemplarle y conocerle desde la distancia, sino solo implicándome a mi vez, de corazón a corazón. Él quiere transformar mis amores, deseos y gozos. Es necesario ponerse a tiro, saliendo de la barrera. Recordemos una frase que, según Orígenes, pronunció Jesús: “quien se acerca a mí se acerca al fuego”. El corazón de Jesús resulta peligroso.

A la vez, acceder a Jesús desde el corazón es acceder a Él desde todas nuestras relaciones personales... Es decir, si encuentro a Jesús desde el corazón, entonces Jesús no es ajeno a la relación con mi marido o mujer, con mis hijos y hermanos, con mis amigos y compañeros de trabajo. Encontrar a Jesús desde el corazón es encontrarle en medio de nosotros, en nuestra familia y comunidad. Recordemos Betania: Jesús acudió allí para salvar la fraternidad de los hermanos (Jn 11,21.32); y para que su amor se expandiera por toda la casa (Jn 12,3).

He aquí lo que implica poner el corazón de Jesús a la puerta del hogar familiar.

## 6) **Preguntas para el diálogo**

1- Al instituir la Eucaristía, Jesucristo une afectos y palabras: ¿Qué importancia tiene en tu matrimonio y familia la comunicación afectiva?

2- ¿Qué luz arroja la unión afectiva de Cristo con el Padre sobre el afecto de apego de los hijos?

3- ¿Cómo crece el afecto de pertenencia en Jesús y en nosotros?

4- Comenta la relación entre afectos y trabajo. ¿Qué afectos te mueven más a trabajar de modo excelente? ¿Qué dificultades o bloqueos te impiden trabajar?

## 7) **Prácticas**

Recitar diariamente o semanalmente en familia la primera serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡modela nuestros afectos!”